

perder la costumbre de meditar al despertarme cada día sobre los cuidados del siguiente, y despues de pensar en muchas cosas, descubro, no sin sorpresa, que ya no pesa sobre mí ningún espinoso cargo, que ya no tengo nada que ver con la cosa pública..... Espero pasar el resto de mis días cultivando el afecto de los hombres honrados y practicando las virtudes domésticas..... La vida de un agricultor es la más deliciosa de todas; es honrosa, alegre, y, conduciéndose con prudencia, hasta lucrativa..... No sólo he dejado los cargos públicos, sino que entro en mí mismo. Puedo en la soledad mirar alrededor, y cruzar los senderos de la vida privada con una conciencia tranquila. No envidiando á nadie, estoy dispuesto á contentarme con todos, y en esta disposicion descenderé suavemente el río de la vida, hasta que me adormezca con mis padres (1).»

Produciéndose así, Washington no expresaba sólo una impresion momentánea, la alegría del reposo despues de una larga fatiga, de la libertad despues de una pesada sujecion. La existencia activa y tranquila del rico propietario, las faenas abundantes en interés y exentas de cuidados, el poder doméstico de poca responsabilidad, la buena armonía entre el hombre inteligente y la naturaleza fecunda, la hospitalidad grave y sencilla, los nobles placeres de la estimacion y la beneficencia obtenidos sin esfuerzo; todo esto formaba la preferencia constante de su alma. Esta es la vida que probablemente hubiera escogido, y disfrutaba de ella con la añadidura de la gratitud pública y la gloria, caras aunque importunas.

Siempre grave y activo, mejoraba el cultivo de los campos, hermoseaba su casa, se ocupaba en los intereses locales de Virginia, proyectaba la gran navegacion interior del Este al Oeste, que debía dar un día á los Estados-Unidos la mitad del Nuevo-Mundo, fundaba escuelas, arreglaba sus mapas, mantenía una extensa correspondencia y se complacia acogiendo en su casa y sentando en su mesa á sus leales amigos.

«Deseo,—escribia á uno de ellos, á Jonatan Trumbull, pocos días despues de su vuelta á Monte Vernon,—que el aprecio y el afecto recíprocos sembrados por nuestras manos y que han crecido en el tumulto de la vida pública, no se entibien y mueran en la calma del retiro. Debemos, al contrario, hermosear

nuestras horas de la tarde cultivando esas caras plantas y promoviendo el desarrollo de toda su belleza, ántes de que sean trasplantadas á mejor clima (2).»

A últimos de 1784, fué á Monte Vernon Lafayette, á quien Washington profesaba un cariño verdaderamente paternal, quizá el más tierno de su vida. Aparte de los servicios prestados, aparte del aprecio personal, del atractivo del carácter, y aún de la entusiasta adhesion que le mostraba el simpático hijo de San Luis, aquel jóven de la aristocracia elegante, caballeresco, que dejó la corte de Versalles para ofrecer á los plantadores de América su espada y sus riquezas, agradaba mucho al austero general americano. Lo consideraba un homenaje tributado por la nobleza del antiguo mundo á su causa y persona, como un vínculo entre él y aquella sociedad francesa tan brillante, tan ingeniosa, tan celebrada. Sentíase complacido en su modesta gravedad, y su mente se fijaba con gusto en aquel amigo jóven que lo abandonara todo por militar á su lado.

«Al separarnos,—le escribia más tarde,—en el camino, durante el viaje, y desde entonces acá he sentido todo el afecto, toda la consideracion que el trascurso de los años, una estrecha amistad y vuestro mérito me inspira acerca de vos. Miéntas nuestros coches se alejaban uno de otro, me preguntaba á mí mismo si os habria visto por la última vez, y á pesar de mi deseo de decir *no*, mis temores respondian *sí*. Recordaba los días de la juventud, y conocia que habian huido para no volver, y que bajaba la colina que habia subido durante cincuenta y dos años; pues sé, que, no obstante la fuerza y vigor de mi temperamento, perteneczo á una familia en la que se suele vivir poco, y debo prepararme á descansar pronto en el sepulcro de mis padres. Estas ideas nublaban mi horizonte, y esparcian una sombra en mi porvenir, robándome la esperanza de volveros á ver. Pero no quiero quejarme, he tenido mi época.»

A pesar de este siniestro presentimiento, y de la sincera inclinacion al reposo, ocupábase su mente sin cesar en la condicion y en los negocios de su país.

Firmada la paz, los progresos de los Estados-Unidos, interrumpidos por la guerra, volvieron á comenzar con nuevo ardor. Inmensos territo-

(2) Writings, tomo IX, pág. 5.

(3) Writings, tomo IX, pág. 77.

(1) Writings, tomo IX, págs. 1-17-21-323.

rios en el Oeste, comprados á los indios ó cedidos por los Estados particulares, recibieron nuevos colonos y formaron nuevos Estados bajo la dependencia del Congreso, miéntas se entablaban activas negociaciones con Inglaterra para fijar sus relaciones comerciales y los límites precisos de sus posesiones en el Norte.

Pero en medio de estos acrecentamientos tan rápidos, faltaba á los Estados-Unidos lo que constituye principalmente la fuerza de las naciones, faltábales la unidad.

La Constitucion federal que el Congreso adoptara el 4 de octubre de 1776, habia bastado, á pesar de todas sus imperfecciones, para mantener la concordia entre los Estados miéntas se vieron amenazados por un peligro comun; pero tan pronto como cesó este, reconocióse que era insuficiente durante la paz, y las inteligencias más ilustradas comprendieron la necesidad de una nueva Constitucion, si no se quería tropezar con la anarquía en el interior y la impotencia en el exterior, que habian de conducir á una segura ruina.

Era una empresa por demás laboriosa, la de llevar á una transaccion pacífica, á concesiones mutuas, á todos aquellos Estados no ménos celosos de su independenciam individual que de la independenciam comun recientemente conquistada á costa de tantos trabajos y vicisitudes, sufrimientos y sacrificios.

El hombre no puede separarse del sitio donde ha ocupado un gran puesto; y Washington, aunque extrañado en su retiro, ocupado en la agricultura, en recibir sus numerosas visitas y en mantener una extensa é importante correspondencia, no dejaba de cuidarse de los asuntos públicos y mostrarse preocupado por la política. Sus cartas revelan cuánto le interesaba la triste situacion de su país, y con qué insistencia pensaba en los medios que podrian ser más convenientes para la consolidacion de la paz y la prosperidad de su patria.

En octubre de 1785, escribia á Jaime Warren de Massachusetts: «La Confederacion me parece tan sólo una sombra, y el Congreso una cosa completamente inútil, puesto que sus órdenes no se cumplen. Esto es para mí un solecismo en política, y en verdad es una de las cosas más extraordinarias que puedan verse, el que nos confederemos para constituir una nacion, y temamos dar á los jefes de esta, que son los representantes elegidos por nosotros y responsables de sus actos y de las consecuencias que estos puedan producir, suficientes poderes

para gobernar el país. Con semejante política la nave del gobierno naufragará irremisiblemente; tendremos que desistir de nuestras más halagüeñas esperanzas, ante el mundo admirado, y desde el elevado puesto á donde nos habíamos encumbrado, caeremos en un abismo de confusion y oscuridad. En mi humilde opinion, no admite duda que podemos llegar á ser una de las naciones más importantes del mundo, observando una política tan sábia como liberal, y obrando de buena fe con todas las demás potencias. Nadie puede negar que nuestros recursos son muchos; pero si no se manejan como es debido, daremos un golpe mortal á nuestro crédito, mereciendo el desprecio de toda la Europa.»

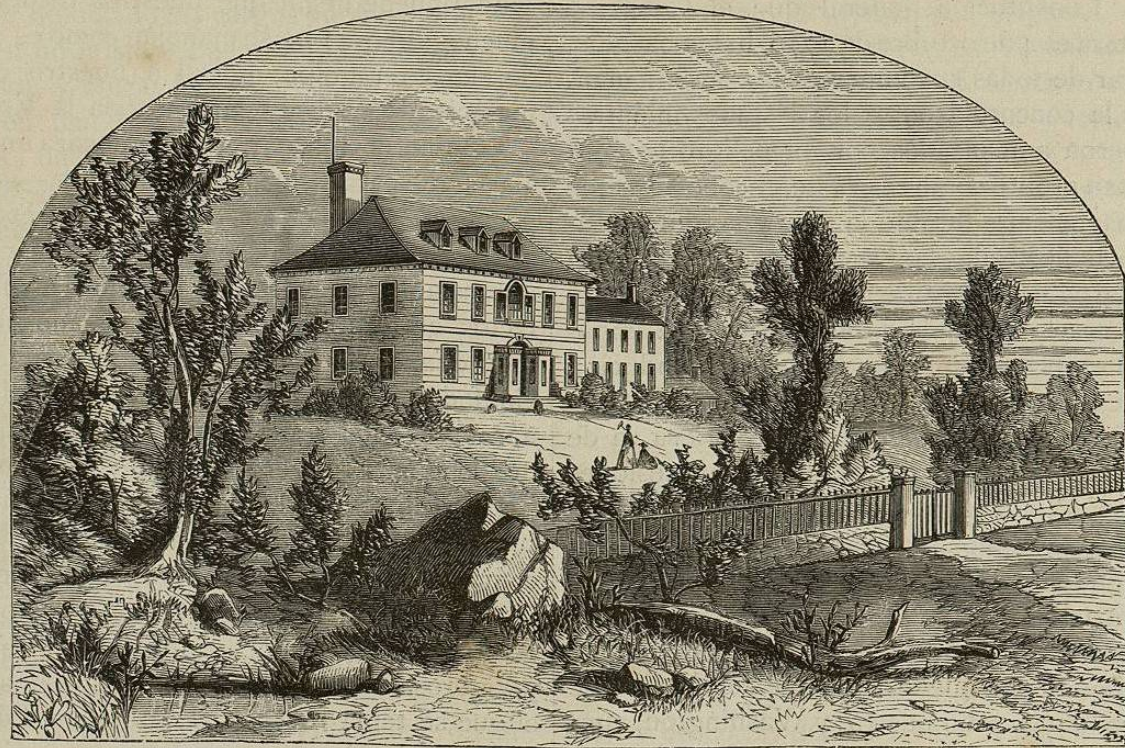
«Opino como vos que nos amenaza una crisis alarmante para los negocios públicos,—decia al propio tiempo á Juan Jay,—mas no está á mi alcance cuál será el desenlace de la situacion por que estamos atravesando. Tenemos muchos defectos que corregir; hemos formado una opinion demasiado favorable al organizar nuestra Confederacion, y la experiencia acaba de enseñarnos que los hombres no quieren adoptar las medidas más convenientes para su propio bien sin que intervenga una fuerza coercitiva. No concibo que podamos subsistir mucho tiempo como nacion si no se confiere á algun individuo la autoridad suprema que deba regir á todos los Estados de la Union de una manera enérgica y vigorosa. Para mí es un absurdo y una locura el que se tema revestir al Congreso, tal como está constituido, de los poderes necesarios para gobernar debidamente el país.

»¿Cómo es posible que el Congreso hiciera mal uso de ellos sin perjudicarse á sí mismo? ¿No están acaso sus intereses íntimamente relacionados con los de sus representantes? ¿Habrá quien dude que si el Congreso pudiera disponer de esos poderes, usaria de ellos con la mayor prudencia, aún cuando no fuera más que por el temor de perder su popularidad? Debemos aceptar la naturaleza humana tal como es, puesto que la perfeccion no es una cualidad de los mortales. Muchos opinan que el Congreso empleó muchas veces al dirigirse á los Estados un estilo humilde y suplicante, cuando tenia derecho para indicar su voluntad y exigir la obediencia; pero sea de ello lo que fuere, en mi concepto los requerimientos son completamente nulos donde hay treinta Estados soberanos, independientes y desunidos, que tienen la costumbre de discutir y rehusar ó aceptar segun su libre voluntad. Si decís á las

legislaturas que han infringido el tratado de paz, invadiendo las prerogativas de la Confederación, se reirán en vuestras barbas, y en este caso, ¿qué podremos hacer? Las cosas no pueden seguir así, y mucho es de temer, como decís muy bien, que disgustada con semejantes contratiempos aún la parte más sensata de la población, estará siempre dispuesta á insurreccionarse. Nos hallamos en el caso de caer en un extremo ó en otro, es decir, podemos anticipar

ó evitar desastrosas consecuencias. Esto último sería lo más sabio y patriótico.

» ¡Qué asombrosos cambios pueden producirse en pocos años! Se me ha dicho que personas respetables han hablado sin horrorizarse de establecer una forma de gobierno monárquico. Después de pensar, se habla; y de la palabra al hecho no hay más que un paso; pero ¡qué temible puede ser éste! ¡Qué triunfo alcanzarían nuestros enemigos si se realizaran sus pro-



Casa de Washington en Morristown

nósticos! ¡Qué triunfo para los abogados del despotismo si viesan que somos incapaces de gobernarnos y que los sistemas basados en la libertad son puramente ideales y falaces! ¡Quiera Dios que puedan adoptar oportunamente sabias medidas para evitar las funestas consecuencias que con razón podemos temer!

» Aun cuando esté retirado del mundo, debo confesar que no puedo ser espectador indiferente en las actuales circunstancias, por más que después de haber contribuido á llevar la nave al puerto de salvación, no deba ya embarcarme de nuevo para luchar con las tempestades. Ni es tampoco de esperar que mis ideas y opiniones tengan mucho peso en el ánimo de mis compatriotas, pues las olvidaron completamente y no quisieron apreciarlas como mi último legado, cuando me hallaba en una situación en que debían atenderme. No es de creer que

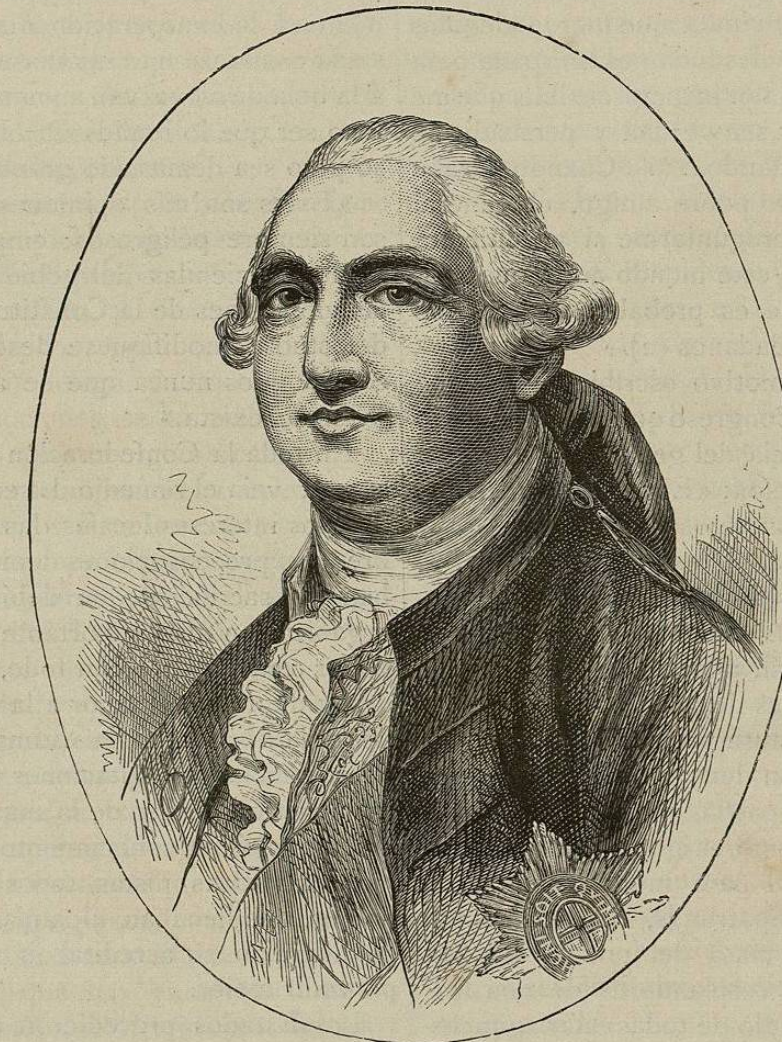
lo hicieran ahora que me hallo retirado de la vida pública.»

Nuestro héroe tenía sobrados motivos para expresarse de tal modo y vivir disgustado é inquieto. La Confederación perecía; el Congreso, su vínculo, estaba dotado de escaso poder y no se atrevía á hacer uso de él. A la debilidad política de las instituciones se agregaba la debilidad moral de los hombres; los Estados volvían á las enemistades, á las desconfianzas, á las miras interesadas y mezquinas; los tratados que habían asegurado la independencia nacional, no se cumplían sino de una manera imperfecta y precaria. Ni en el antiguo ni en el nuevo mundo se pagaban las deudas, y las contribuciones destinadas á este fin no entraban en el tesoro público. La agricultura decaía, el comercio se atrasaba, la anarquía se iba extendiendo espantosamente. En el país mismo, fuese la causa el

gobierno ó la falta de gobierno, se supiese ó no el estado de las cosas, todos estaban descontentos. En Europa iba declinando rápidamente la reputación de los Estados-Unidos, dudándose que lograsen consolidarse, y la Inglaterra se afanaba en fomentar esta duda, esperando hora y ocasión de sacar provecho.

En medio de tan deplorable situación, acertáronse á tomar en Virginia ciertas medidas en-

caminadas á regularizar el comercio, y por consejo é influencia de Washington se utilizaron para promover el gran movimiento que últimamente tuvo lugar en la Constitución federal. La Asamblea de dicho Estado nombró comisionados para que examinasen la situación del comercio, y propusieran las medidas en su concepto necesarias para que el Congreso pudiera organizarlo como era debido. Reuniéronse en



Lord Selbourne

Annápolis dos comisionados de Nueva-York, tres de Nueva-Jersey, uno de Pensilvania, tres de Delaware y tres de Virginia, constituyendo una especie de Junta, y resolvióse que debía celebrarse otra reunión en Filadelfia, á la cual era preciso que concurrieran los representantes de todos los Estados, recomendándose eficazmente que se revisara la Constitución del Gobierno federal, á fin de que estuviese conforme con las exigencias de los Estados-Unidos.

Esta recomendación recibióse de muy distinto modo en los diversos puntos del país, y el Congreso pareció al principio vacilar; pero en

vista de los inminentes peligros de la situación, resolvióse por fin á decretar que se constituyera una Convención compuesta de delegados de todos los Estados, y se procediese á la revisión de los artículos de la Confederación, proponiendo luego al Congreso y á las distintas legislaturas las alteraciones que se juzgaran convenientes para la formación definitiva de la Constitución federal, que pusiera á salvo todos los intereses del país.

Una de las principales causas que contribuyeron á apresurar esta resolución fué la formidable insurrección de Massachusetts, que